

¿SERÁ VERDAD?

Noticias graciosas publicadas en los periódicos

LA SORPRESA DE LOS ANTROPOLOGOS

Como se recordará, en los primeros meses de 1927 fué hallado en unas excavaciones que eran hechas en Nebraska un cráneo que presentaba numerosas singularidades.

No se trataba del cráneo de un hombre y tampoco del de un gorila, al parecer, sino del cráneo de un vertebrado superior, de una especie próxima a la de los monos antropoides.

El cráneo fué traído a Nueva York y entregado a mister Guillermo K. Gregory, director del Departamento Antropológico del Museo de Historia Natural.

Mister Gregory hizo que una comisión de sabios estudiara el cráneo, y dicha comisión, tras largos y luminosos debates, declaró categóricamente que se trataba del cráneo de un hombre-mono, especie intermediaria entre el hombre completo y el mono superior.

Se redactó un informe en el cual los sabios en cuestión afirmaron que se tenía ya el «missing link», o sea el anillo que faltaba de la gran cadena de antepasados del hombre actual.

Mister Gregory colocó el cráneo en una vitrina, y en los inventarios del museo lo hizo figurar como valiendo un millón de dólares.

A comienzos del invierno, un empleado del museo, limpiando de polvo el famoso cráneo, lo dejó caer al suelo, donde se hizo pedazos.

Se tardó varias semanas en volver a juntar los parietales, occipitales y frontales, y al fin el cráneo fué colocado de nuevo en la vitrina, donde diariamente lo admiraban centenares de curiosos.

Pero hará unos quince días se recibió un telegrama de Nebraska en el que se decía que, habiendo continuado las excavaciones en el mismo paraje donde fué encontrado el cráneo famoso, se había tropezado con otros veinte cráneos semejantes a aquél, pero mucho mejor conservados, los cuales iban a ser enviados al Museo de Historia Natural de Nueva York.

Estos nuevos cráneos fueron sometidos al estudio de otra comisión de sabios, y anteayer se ha hecho público el informe de los mismos. Se trata de cráneos de cerdos de una especie desaparecida, que vivió en la tierra hace miles de años, muy interesante para los zoólogos, pero no para los antropólogos.

Y como no hay manera de sostener que el cerdo, por milenario que sea, pueda figurar entre los antepasados del hombre, mister Gregory,

todo desolado, ha retirado el cráneo de la vitrina y le ha dado de baja en el inventario.

La prensa neoyorquina, al comentar burloamente el caso, dice que los estudios sobre huesos desenterrados no pueden ser jamás consi-

derados como definitivos, y que resulta temerario, en la mayoría de las ocasiones, basar sobre ellos afirmaciones concretas.

(La Voz, de Madrid)

EMBRIAGUEZ...

Por Ramón de Orgaz

Siempre había ponderado el vino español, como uno de los mejores para cualquiera de los pretextos a que apelamos, los que sin ser viciosos, sabemos catar y distinguir el buen vino del malo.

De ahí, el por qué, en ésta tierra española la bohemia tenga su razón de existir. Difícilmente se puede concebir una bohemia seca; sería afirmar que el rosal puede florecer sin una gota de riego. Así, nada puede haber como el vino español para hacer florecer esa bohemia simpática que lo mismo canta y ríe que llora y canta.

La bohemia que había en mí en aquella mañana clara se presentaba retozona y alegre, como el mismo sol que desde lo alto esparcía sus rayos bienhechores que al reverberar en los muros de la vieja ciudad parecían una carcajada embriagada de luz. Lo habíamos visitado todo, monumentos, iglesias, museos, plazas... Hasta la hora del almuerzo tiempo sobrado había para trasegar algunos aperitivos y acabar de alegrarse de una vez, libres ya de toda preocupación, para el resto del día.

Las libaciones comenzaron, lentas y tardías en las primeras copas entremezcladas con exquisitas tapillas; rápidas y apuradas en las

últimas, acompañadas de esa risa alegre y contagiosa que produce esa semi embriaguez de las libaciones largas y retozonas... Los retos, esos retos de final de fiesta, caracterizados por la clásica frase de, «hasta la última gota», venían todos hacia mí. Los acepté todos. Mis contrincantes y retadores cayeron todos. La reacción en mí fue de una desbordante alegría que contagió a todos los presentes. Almorzamos luego, más del menú apenas si pude enterarme, pero comí de todo, y apenas me daba cuenta de nada; miento, si me di cuenta de algo insólito, de tus cuidados, de tu solicitud para conmigo. Era la primera vez que ponías en mí un interés insospechado, una ternura, si cabe, en atenderme, en cuidarme y hacer que se me pasaran los efectos del vino.

De eso sí, me di perfecta cuenta; ¿Que buena fuiste! ¿te acuerdas? Me sacaste fuera para que recibiera aire, me llevaste luego al coche para que descansara; y en medio de aquella balumba, ya en el coche me empuñé que fumaras; y obedeciste también por no disgustarme. ¿Comprendes ahora por qué tuvo que ser lo que ambos teníamos empeño que no fuera?

LAS LINTERNAS DEL DOCTOR

En ciertas regiones de la China una antigua costumbre obliga a los médicos a colocar una linterna a la puerta de su casa cada vez que muere uno de sus clientes.

Un extranjero, llegado poco antes a Tung-Chan-Sien, se vió una noche en la necesidad de buscar un médico para que asistiese a su esposa, atacada de una indisposición alarmante.

Comenzó sus pesquisas dirigiéndose a casa de un doctor que le habían indicado; pero ante la puerta lucía tal cantidad de farolillos, que el extranjero, que sabía lo que aquello significaba, renunció a utilizar los servicios del recomendado médico.

Siguió adelante, fiándose a la suerte.

Llegó a los respectivos domicilios de varios médicos, pero de todos huyó fuertemente impresionado por el imponente número de lámparas que había en las puertas.

Por fin encontró una casita habitada por un discípulo de Hipócrates ante la cual sólo había unas cuantas linternas, cinco justamente.

Entró en la casa, y rogó al doctor que fuera con él a visitar a su esposa, a lo que el médico accedió.

En el camino el extranjero felicitó al médico por el pequeño número de linternas que había en su puerta.

—No tiene nada de extraño— contestó el médico tranquilamente.—sólo estoy instalado en esta ciudad desde ayer.

(Blanco y Negro, de Madrid)

PAGAMOS UN PESO
POR CADA UNO DE LOS NÚMEROS
SIGUIENTES

DE
SEMANA

19, 30

Azcárraga 2109,

Manila

Tinta incomparable. — Tómese de nueces de agallas contundidas, 100 gramos; palo campeche en virutas, 50; azúcar cande, 36; vinagre, 250; agua de fuente, 1 litro. Mézclase y déjese en contacto durante un mes, meneando de vez en cuando la mezcla. Cúlese para separar las agallas y el campeche. Aromatícese con esencia de clavillo. Consérvese en botellas tapadas.